

INVASORES

Marta Aponte Alsina*
para Julio Ramos

Escribir es abrir cicatrices, volver a cerrarlas, arriesgarse a que no vuelvan a sanar. La cicatriz que en Henry James dejaron las ciudades de su infancia deberíamos entenderla los puertorriqueños. Él perdió sus paisajes una sola vez. Nosotros los hemos perdido muchas, no como el autor que dejó un registro escrito de pérdidas, sino como quienes, de tanto vivir en silencio, tuvimos que usurpar cuerpos de brujas y atravesar el ruido para comunicarnos con nuestros muertos.

En Boston, en 1904, Henry James escuchó voces de migrantes del sur de Italia. Aquellos acentos no eran los que su oído recibía en Venecia. Aturdido, interrumpió su paseo y retrocedió sin entrar al Boston Athenaeum, donde años atrás había disfrutado los placeres de la biblioteca. Angustiado por la brutalidad de los edificios altos que iban remplazando las casas austeras, James, cuyos huesos reposan en Cambridge, a unos pasos de Boston (no tan lejos de los huesos saqueados de los indígenas del barrio Las Mareas, Puerto Rico), describió un rasgo de estilo del *American way*:

What prevails, what sets the tune is the American scale of gain, more magnificent than any other, and the fact that the whole assumption, the whole theory of life, is that of the individual's participation in it, that of his being more or less punctually and most or less effectually "squared". To make so much money that you won't, that you don't "mind", don't mind anything - that is absolutely, I think, the main American formula.

Contrastando la "fórmula" americana con el artificio de las viejas culturas europeas, los libros de James no carecen de consolaciones estéticas. Condenó la fea prepotencia imperialista de un Teodoro Roosevelt, pero no pudo ver en Londres lo que sí registró Joseph Conrad: una estación central en la ruta del saqueo de los recursos de África. Como el hombre rico que no fue, prefirió levantar altares a la belleza trágica. En su país natal hubiera estado condenado a presenciar demoliciones; en Europa, las demoliciones habían cicatrizado en la trágica elegancia de toda una casta.

* Escritora y crítica literaria puertorriqueña. Ha publicado cinco novelas –*Angélica furiosa* (1994); *El cuarto rey mago* (1996); *Vampiresas* (2004); *Sexto sueño* (2007) y *El fantasma de las cosas* (2010) –y dos libros de relatos: *La casa de la loca* (1999, 2001) y *Fúgate* (2005). Escribe ensayos de crítica literaria, entrevistas y reportajes. Recibido 06/07/2017 sofroniska@gmail.com

Pienso en James y en Puerto Rico, donde vivimos bajo los efectos del imperialismo que le inspiraba pavor al artista. Tampoco han variado los nombres de las familias adineradas criollas y de sus mayordomos. Se adhirieron al régimen estadounidense sin lealtad a la tierra y a la gente; sin elegancia. Pienso en nosotros y en James y, sin pretender hacer patria de manera deshonestamente, pienso en el libro que sobre su Henry James escribió Nilita Vientós Gastón.

A la altura de la entrada al barrio Puente de Jobos, intentando dejar en el plato la mitad de una pizza (dieta de lujo de los vecinos) pienso en Henry James y en Nilita Vientós Gastón. Las mesas de la pizzería, los mostradores y la pantalla del televisor brillan. En la pizzería de Puente de Jobos la higiene es un mandamiento. No sirven licores. La limpieza y la sobriedad son leyes de cristianos nuevos.

A Henry James le hubiera asombrado el libro que Nilita Vientós escribió sobre él. Me interesa imaginar la calidad de su asombro; qué hubiera pensado James sobre el libro que Nilita Vientós le dedicó. En algún día de buen sol, de paseo en automóvil con Edith Wharton por las afueras de París, Edith le mencionaría la muerte del pobre Frank Dumaesq. Henry hubiera recordado con un suspiro al pobre Frank. La última vez que lo vi, llevaba la muerte pintada en el rostro. ¿Lo has encontrado, en Londres, cómo no cruzó el canal para visitarme? No, querida. La última vez que lo vi fue en un lugar que mejor ni te cuento. Frank era un viejo melancólico. Y tú un viejo desconsiderado, Henry James, cómo se te ocurre no contarme tus lugares. Ese lugar no es mío, señora novelista.

De vuelta al piso de Edith, donde se hospedaba, a Henry se le ocurrió que no era justo que la mujer acaparara tantos lectores y que él tuviera tan pocos. Acarició el libro de Nilita sin abrir las páginas y le envió a la puertorriqueña una tarjeta de agradecimiento. (Eso hubiera hecho, sin duda. Si no le alcanzó el tiempo para hacerlo fue porque Introducción a Henry James se publicó cuarenta años después de la muerte de Henry).

Figurar como personaje en este libro que escribo sobre los hitos de una carretera del sur de la isla no le hubiera cruzado por la mente a Henry James. Podríamos conjeturar qué hubiera pensado de los puertorriqueños leyendo su sensibilidad lastimada por los obreros italianos, aquellos invasores del Commons, que en su visita de 1904 le impidieron recuperar una estampa de la infancia, el vecindario donde su familia residía antes de la Guerra Civil. Para Henry los migrantes eran ilegibles, confusas series de gritos, de niños harapientos, de vidas cotidianas que intentaban reproducir en el Commons de Boston la algarabía de sus solares natales. Los imperialistas que asumían como un deber moral la posesión del mundo no habían anticipado las consecuencias: ser invadidos a su vez por las multitudes pobretonas y chillonas del mundo. Convenía volver atrás, no reconocer la proximidad de los migrantes invasores que mancillaban la democrática austeridad del Commons.

En la pizzería de Punta Pozuelo pienso en Henry y en su esfera de vivencias y en los espacios vedados a su imaginación. Yo sí podría imaginar la visita de Henry a este sector, describir unas horas suyas en el balcón de la casa grande de la central Aguirre, en el año de su última visita a Boston, 1904. No se ha descubierto aún la carta donde su editor le propuso que hiciera escala en una de las nuevas posesiones de los Estados Unidos, pero qué importa.

Pienso en la casa grande de la central, y en sus ocupantes, los bostonianos que llegaron con las tropas invasoras. En la veranda de la casa, Henry James, vestido de punta en blanco desde los zapatos hasta la chalina, se abanica con un patético sombrero de paja. Bebe por primera vez, cautelosamente, a sorbos, un cóctel de ron con limón adornado con hojas de menta escandalosamente abundantes.

La casa grande me impresiona incluso a mí, que la vi desde que era solo dibujos y planos, diría Alice. Es una fortaleza con gracia de árbol. Alice era la esposa de William Sturgis Hooper Lothrop, uno de los accionistas propietarios de Aguirre. A su corta edad conocía mejor los países principales de Europa occidental que su país natal, los Estados Unidos. Nunca había visitado una plantación sureña.

En Florida Henry había sufrido con la transformación radical del Sur poético en “an ugly, wintering, waiting world”. Quizás por eso le atrajo viajar a Puerto Rico, en busca de un auténtico nuevo sur, una extensión de la nación que en el paisaje virgen y la lentitud de la vida, ofreciera un reencuentro con la placidez de los modales gentiles y la sociedad vegetativa de las señoras lánguidas. Él, que no había salido de dos continentes, que no viajó al sur del Pacífico, como sí lo habían hecho varios de sus amigos, como sí lo hicieron Henry Adams y Robert Louis Stevenson, añoraba olvidar a los migrantes napolitanos alborotosos. ¿Por qué no hacer escala en una isla paradisiaca, poseída por la alegría de bárbaros inocentes?

(Pasaje de un libro que escribo sobre una carretera del litoral caribeño de Puerto Rico).